



«ES GRANDE EL PODER DE LA POESÍA». EL LIBRO SEGUNDO DE LA «RELACIÓN HISTORIADA DE LAS SOLEMNES FIESTAS QUE SE HICIERON EN LA MUY NOBLE Y LEAL CIUDAD DE MÉXICO AL GLORIOSO PADRE Y ESCLARECIDO PATRIARCA SAN PEDRO NOLASCO (1633)»

Ed. Jessica C. Locke (Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2019)

Cuando el 30 de septiembre de 1628 se proclamó la canonización de san Pedro Nolasco (ca. 1189-1256), fundador y patrono de la orden de la Merced, los mercedarios en Nueva España decidieron participar en el homenaje organizando festejos conmemorativos del acontecimiento, pero las inundaciones que anegaron la Ciudad de México desde 1629 lo impidieron. Sin embargo, este periodo de inundación fue aprovechado por los mercedarios para planificar con detalle las festividades que al fin realizaron en 1633, las cuales cumplieron a cabalidad los objetivos del homenaje al santo fundador y satisficieron las expectativas de la sociedad novohispana.

El manuscrito 1799 de la Biblioteca Nacional de México conserva la *Relación historiada de las solemnes fiestas que se hicieron en la muy noble y leal Ciudad de México al glorioso padre y esclarecido patriarca san Pedro Nolasco*, cuyo primer libro describe los festejos generales en honor del santo, mientras que el segundo da cuenta de los ocho certámenes poéticos convocados por la orden de la Merced en Nueva España y realizados del 22 al 30 de enero de 1633. Este último libro es el que la filóloga Jessica C. Locke presenta ahora en una edición modernizada –aunque se conservan formas arcaicas y vacilaciones («efeto»/«efecto», «escribir»/«escrebir»), metátesis («haceldo» en vez de «hacedlo») y asimilaciones (-rl- en -ll- y de -rs- en -ss-) en los poemas, cuya modernización alteraría su medida–, profusamente anotada, antecedida por un extenso y detallado estudio. Cuatro apéndices acompañan la edición del texto: uno para ofrecer la transcripción del cartel del concurso poético, cuyo ejemplar se encontraba doblado en el manuscrito; otro para dar noticias biográficas de algunos de los participantes; uno más donde se sintetizan los premios otorgados en los certámenes; y, por último, uno para ejemplificar las letras de los cuatro amanuenses que intervinieron en la redacción de la *Relación historiada*.

El estudio introductorio se divide en dos partes. En la primera, la editora ofrece un panorama de la fiesta novohispana como ceremonia pública y como espacio de reunión

para la élite letrada, así como del contexto histórico y logístico del certamen mercedario de 1633. Presenta una sintética hagiografía de san Pedro Nolasco con datos fundamentales para comprender las diversas alusiones a hechos de la vida del santo que los poetas novohispanos hicieron en sus composiciones; y, asimismo, varios datos biográficos sobre fray Juan de Alavés (ca. 1589/1593-17 de diciembre de 1642), el secretario de los festejos y, a mi parecer, principal autor de la *Relación historizada*, quien, por alguna razón poco clara, fue desterrado al convento de Puebla hacia 1640, donde vivió hasta su muerte.

En la segunda parte del estudio introductorio, Locke precisa que el manuscrito debió redactarse dos años y medio después de realizadas las fiestas de 1633 y que estaría destinado para la imprenta, pero su preparación no se concluyó. En el primero de los dos libros que componen la *Relación*, se detecta la participación de un amanuense y de la propia mano de fray Juan de Alavés, que aparece también en el segundo. El poseedor del manuscrito en 1803, fray Fernando Álvarez y Villarreal, enmendó el texto manuscrito (deturpándolo, casi siempre) y sería la tercera mano participante. Hay todavía una cuarta mano que aparece solo en dos folios del segundo libro. Estas observaciones son importantes porque Locke no considera sustanciales las intervenciones de fray Álvarez, así que ha tratado de leer debajo de sus tachaduras y enmiendas para rescatar la redacción original de fray Alavés, cuyas enmiendas y apostillas marginales sí conserva.

Como adelantó Locke en su introducción, los certámenes poéticos se organizaron alrededor de varios temas de la hagiografía de san Pedro Nolasco y se asignó una forma poética específica para cada uno. De este modo, para tratar el prodigio del panal que se formó en la mano de Nolasco niño, tema del primer certamen, se solicitaron epigramas latinos –traducidos en prosa por la editora– de cuatro dísticos como máximo. A pesar de las limitaciones formales del epigrama, sorprende la originalidad con la cual los participantes desarrollaron el tema propuesto, en especial al ofrecer comparaciones como recurso poético preferido (con Platón, con san Ambrosio, con Sansón); otros, en cambio, dieron un toque más reflexivo a su composición al centrarse en la vida de la abeja (el anónimo tercer lugar en honra, por ejemplo).

El segundo certamen tuvo como tema la visión de Nolasco y se solicitaron seis décimas. Alavés transcribió las composiciones de los cuatro ganadores de premios y las de quienes, supongo, fueron ganadores en honra. El mayor espacio de la composición permitió un desarrollo más amplio del tema, pero son constantes algunos elementos como el sueño y la proyección futura de Nolasco como guardián del cristianismo, ya fuera por

él o por los mercedarios. Es en estas composiciones donde se aprecian algunas de las primeras huellas del gongorismo señaladas por Locke en su estudio, como imágenes y recursos formales de las *Soledades* en las décimas de María de Estrada y Medinilla, ganadora del primer lugar. También resulta de gran interés el cambio de perspectiva con que se presenta la visión: sea como un hecho observado por un testigo externo en las décimas de Estrada y Medinilla, por ejemplo; sea como un participante acobardado ante el prodigio de la oliva que grita en las décimas de Antonio de la Tubilla y Velasco: «como zarza no es / lo que esa oliva retrata, / ni fuego su tersa plata, / aunque su luz más me ciegue, / permitid Nolasco llegue, / ya que el temor me recata» (pp. 170-171, vv. 5-10).

El soneto fue la composición solicitada para el tercer certamen, en el cual se pidió tratar el tema de la Virgen asistiendo a los maitines en lugar de Nolasco (quien se ausentó porque el campanero se había quedado dormido). Además de las composiciones de tres de los cuatro ganadores y de tres muestras de los otros doce participantes del certamen, Alavés incluye un interesante soneto «estrambotado» del poblano Hernando Ceballos, cuya curiosidad lo hizo digno de ser incluido en el muestrario, aunque no haya seguido el tema propuesto. La técnica destaca en este tercer certamen, puesto que la estructura estricta del soneto no permitía gran flexibilidad. El desarrollo del tema es semejante en todos los casos: es de noche, el campanero duerme; María y los ángeles bajan al coro; María comienza el rito acompañada de su séquito angelical.

Las seis octavas castellanas solicitadas en el cuarto certamen tuvieron como tema la navegación a la deriva de Nolasco tras ser expulsado de Argel, pero también su salvación milagrosa al llegar sano a las costas valencianas en un tiempo brevísimo. Aquí Alavés rescata las composiciones de los cinco premiados –las octavas gongorinas del agustino fray Juan de Valdés fueron premiadas y transcritas, si bien el amanuense apostilla con sinceridad: «No las entiendo»–, pero solo nombra a los seis ganadores en honra. El desarrollo temático de las composiciones se alinea a tres nodos narrativos: la expulsión de Nolasco de Argel, su navegación solitaria y milagrosa por el mar –«Ave de pino, el batelillo vuela, / y por una rompiendo y otra ola / sus cerúleos embates no recela / Nolasco (cuyo cuerpo de bandola / sirve, y su capa de hinchada vela / sirvió ya, tremolante banderola)», según Valdivieso (pp. 196-197, vv. 25-30)– y su llegada a las costas valencianas donde lo recibieron los intrigados habitantes.

El quinto certamen consistió en elaborar una canción de seis estancias en las cuales se desarrollara el tema del cerco y la entrada a Sevilla del rey Fernando junto con san

Pedro Nolasco. Las canciones de Francisco Bramón y Simón de Toro demuestran haber aprovechado el dinamismo del pasaje nolasquiano, pero con dos técnicas visiblemente dispares. Mientras Bramón respetó las convenciones sintácticas del español, De Toro las violentó con la consecuencia de perder la transparencia que el primero mantuvo a lo largo de sus comparaciones y sus metáforas. El contraste entre uno y otro es, por demás, interesante, además de ofrecer imágenes poderosas como la del combate pintado por De Toro: «Montañas de penachos vio la aurora / entre selvas de timbres, el luciente / metal tiranizando luz al día; / el Betis, dilatando su corriente, / bebió coral y, entonces, más sonora, / túmulos hace la corriente fría» (p. 213, vv. 61-66).

El sexto certamen rompió la dinámica del concurso poético, pues se pidieron diez liras en las cuales se rogara la intervención de Nolasco ante Dios para retirar las aguas que inundaban la Ciudad de México. La apertura del tema produjo composiciones de variado alcance, aunque el diluvio y la paloma como mensajera del cese de la inundación bíblica fueron imágenes recurrentes. Mientras algunas, como la de Joseph de la Cruz, concentran la petición en el punto final, otras, como la de Luis Solano, consiguieron un intenso punto dramático al colocarse como testigo de la desgracia urbana: «Yo vi su margen bella / de Ceres, de Amaltea y de Pomona / ser grato albergue a aquella / parte que de bajeles se corona / y hoy, con pasos errantes, / mariposas del agua son nadantes» (p. 224, vv. 31-36).

Los certámenes séptimo y octavo propusieron, el primero, una glosa sobre la estrofa «Nolasco santo, pues vos / la Merced fundáis, podéis / decir que con lo que hacéis / hacéis mercedes a Dios» (p. 232); el segundo, un soneto faceto o cómico donde se concluyera cada verso con catorce palabras propuestas. Ambos certámenes no sorprenden tanto por sus imágenes o su profundidad, sino por el ingenio para resolver los retos métricos y adecuar el sentido de cada verso y estrofa a las condiciones de la glosa o de la lista de palabras exigidas. Además, al término de este certamen y de la justa poética, se premiaron los mejores bailes ejecutados durante la celebración por la canonización de Nolasco.

Resulta evidente la importancia de la *Relación*, pues se suma a otros festejos literarios modernamente publicados como la *Carta* del jesuita Pedro de Morales –la cual describe las actividades conmemorativas por la recepción de reliquias y conserva la tragedia *Triunfo de los santos*– o el *Triunfo parténico* de Carlos de Sigüenza y Góngora impreso en 1683. Un trabajo de edición de esta envergadura es complejo y Locke ha realizado una labor ingente al disponer no solo el texto, sino al traducir, anotar y

parafrapear pasajes complejos de las obras poéticas reunidas en el segundo libro de la *Relación historiada*. El resultado (más allá de algunas erratas que resuelve cualquier atento lector) es óptimo en su conjunto. Con Locke, puedo decir que estamos frente a un documento que no solo tiene la virtud de «ofrecer copiosa y variada muestra de las tendencias poéticas de la época, sino que también nos abre una ventana a la tradición de la fiesta religiosa novohispana y la función de los certámenes poéticos en dichos festejos» (p. 16).



ALEJANDRO ARTEAGA MARTÍNEZ